

«do el orden de la naturaleza, y que por lo que tiene de celestial, «no puede aprehenderse, *esto es, comprenderse*, sino por la fe.» Y esforzándose por explicar en el catecismo ¹ cómo puede suceder que «Jesucristo nos haga participantes de su propia sustancia, puesto «que su cuerpo está en el cielo, y nosotros en la tierra; responde, «que esto se hace por la virtud incomprendible de su espíritu, la cual «junta sin dificultad las cosas que están separadas por la distancia de «lugar.»

XLVIII.—*Reflexion sobre estas palabras de Calvino.*

Bien comprende un filósofo que la virtud divina no conoce límites ni de lugar ni de nada: el hombre de menos talento conoce como se puede unir por medio del espíritu y del pensamiento á las cosas que están mas distantes entre sí; y anunciándonos Calvino en sus expresiones una union mas milagrosa, ó no dice nada, ó excluye la union por la fe.

XLIX.—*Calvino admite una presencia que es propia y particular de la Cena.*

Así vemos, en sexto lugar, que admite en la Eucaristía una participacion que no se halla ni en el Bautismo ni en la predicacion, pues dice en el catecismo, «que aunque Jesucristo se nos comunica «verdaderamente por el Bautismo y la predicacion, sin embargo, «solo es en parte y no plenamente ²;» lo que manifiesta que se nos da en la Cena de otro modo que por la fe, porque hallándose la fe tan viva y tan perfecta en los que oyen la predicacion y reciben el Bautismo, recibirían á Jesucristo tan plenamente como en la Eucaristía.

L.—*Consecuencia de las expresiones de Calvino.*

Lo que añade para explicar esta plenitud, todavía es mas expresivo, porque aquí es donde dice lo que hemos referido ya, que «Jesucristo nos da su cuerpo y su sangre, para cerciorarnos de que «recibimos su fruto.» Aquí está, pues, esa plenitud que recibimos en la Eucaristía, y no en el Bautismo ni en la predicacion: de donde se sigue que la fe sola no nos da el cuerpo y la sangre del

¹ Dim. 33. — ² Ibid. 32.

Señor; sino que dándonos este cuerpo y esta sangre de un modo especial en la Eucaristía, nos *cercioran*, es decir, nos dan una fe cierta de que tenemos parte en el sacrificio en que han sido inmolados.

LI.—*Cuán real es la comunión de los indignos, segun Calvino.*

En fin, lo que se le desliza á Calvino, aun hablando de los indignos, hace ver cuán necesario es creer en este Sacramento una presencia milagrosa independiente de la fe; porque aunque en lo que mas inculca es que como los indignos no tienen fe, Jesucristo está pronto á venir á ellos, pero que de hecho no viene, sin embargo la fuerza de la verdad le hace decir, «que se ofrece y da verdaderamente á «todos los que se sientan á la sagrada mesa, aunque solamente los «fieles le reciben con fruto ¹,» que es como nosotros nos explicamos.

Así, para entender la verdad del misterio que Jesucristo obra en la Eucaristía, se debe creer que su cuerpo *se ofrece y se da* verdaderamente en ella aun á los indignos, y que estos *lo reciben*, aunque no lo reciben *con fruto*; lo que no puede ser verdad, si no es tambien verdad que lo que se nos da en este Sacramento es el propio cuerpo del Hijo de Dios, independientemente de la fe.

LII.—*Consecuencia de las expresiones de Calvino sobre la comunión de los indignos.*

Calvino lo confirma tambien en otro pasaje donde dice: «En esto «consiste la integridad del Sacramento que el mundo entero no pueda violar, que la carne y la sangre de Jesucristo se dan tan verdaderamente á los indignos, como á los fieles y á los escogidos ².» De donde se sigue, que lo que se les da es la carne y la sangre del Hijo de Dios, independientemente de la fe; porque es constante, segun Calvino, que los indignos no tienen fe, ó á lo menos no la ejercen mientras están en ese estado.

Así tienen razon los Católicos en decir que lo que hace que el don sagrado que recibimos en la Eucaristía sea el cuerpo y la sangre de Jesucristo, no es la fe que tenemos en las palabras del Señor, sino estas mismas palabras solas por su eficacia omnipotente: de suerte que la fe nada añade á la verdad del cuerpo y de la sangre, sino que la fe hace solamente que este cuerpo y esta sangre nos aprovechen;

¹ Instit. IV, 17, 10; Opusc. de Coena Domini, 1540. — ² Instit. ibid. n. 33,

y no hay mayor verdad que lo que dice san Agustin, que la Eucaristía tanto es el cuerpo de Nuestro Señor para Judas como para los demás Apóstoles ¹.

LIII.—Comparacion de Calvino que apoya la verdad de que los indignos reciben el cuerpo del Señor.

La comparacion de que se sirve Calvino en el mismo lugar, apoya todavía mas la realidad: porque despues de haber dicho del cuerpo y de la sangre lo que acabamos de oír, «que no se dan menos á los indignos que á los dignos,» añade que es «como la lluvia que cayendo sobre una roca, corre sin penetrarla.» «Del mismo modo, dice ²; los impíos repelen la gracia de Dios, y la impiden penetrar dentro de ellos mismos.» Obsérvese que habla aquí del cuerpo y de la sangre, los cuales por consiguiente deben darse á los indignos tan realmente como la lluvia cae sobre una roca. En cuanto á la sustancia de la lluvia, no cae menos sobre las rocas y los lugares estériles que sobre los que ella hace fructificar; y así, segun esta comparacion, Jesucristo no debe estar menos presente á los endurecidos que á los fieles, cuando unos y otros reciben el Sacramento, aunque no fructifica sino en los últimos. El mismo Calvino nos dice tambien con san Agustin, que los indignos que participan del Sacramento, son aquellos importunos que le comprimen en el Evangelio, y que los fieles que le reciben dignamente son aquella piadosa mujer que le toca ³. Si no se mira mas que el cuerpo, todos le tocan igualmente: pero con razon se dice que los que le tocan con fe son los únicos fieles que le tocan verdaderamente, porque solo ellos le tocan con fruto. ¿Se puede hablar de esta manera, sin reconocer que Jesucristo está presente muy realmente á los unos y á los otros, y que estas palabras, *Esto es mi cuerpo*, tienen siempre infaliblemente el efecto que enuncian?

LIV.—Calvino habla con poca consecuencia.

Bien sé que cuando Calvino dice cosas tan terminantes sobre que el cuerpo se da á los impíos tan verdaderamente como á los santos, distingue entre dar y recibir, y que en el mismo lugar en que dice

¹ Aug. serm. XI de verb. Dom., nunc serm. LXXI, n. 17, t. V, col. 391. — ² Instit. lib. IV. c. 17, n. 33; II Def. Opusc. p. 781. — ³ Diluc. ex. Opusc. p. 848.

que la carne de Jesucristo se da tan verdaderamente á los impíos como á los escogidos, dice tambien que solamente la reciben los escogidos ¹; pero esto es abusar de las palabras. Porque si quiere decir que los indignos no reciben á Jesucristo en el mismo sentido en que san Juan dice en su Evangelio, *Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron* ², es decir, y los suyos no creyeron en él, tiene razon. Pero así como los que no recibieron á Jesucristo de esta manera no impidieron con su infidelidad que hubiese venido á otros, ni que *el Verbo hecho carne para habitar en medio de nosotros* ³, con respecto á su presencia personal, haya sido recibido verdaderamente en medio del mundo, y digo aun en medio del mundo que le desconoció y crucificó; del mismo modo, para hablar consecuentemente, se debe decir que estas palabras, *Este es mi cuerpo*, no le hacen menos presente á los indignos que son reos de su cuerpo y de su sangre, que á los fieles que se acercan á él con fe; y que mirando simplemente la presencia corporal, es recibido igualmente por unos y por otros.

LV.—Calvino explica como nosotros estas palabras: La carne no aprovecha nada.

Notaré tambien aquí una expresion de Calvino que nos pone á cubierto de una reconvenccion que no cesan de hacernos tanto él como los suyos. ¿Cuántas veces nos han opuesto estas palabras de nuestro Salvador, *La carne no aprovecha nada* ⁴! Y sin embargo Calvino las explica de este modo: «La carne enteramente sola no aprovecha nada, pero aprovecha con el espíritu ⁵.» Esto es justamente lo que nosotros decimos; y lo que se debe concluir de estas palabras del Señor, no es que Jesucristo no nos da la propia sustancia de su carne, independientemente de nuestra fe, porque la da, segun Calvino mismo, á los indignos; sino que nada aprovecha recibir su carne, si no se la recibe con su Espíritu.

Y si no se recibe siempre su Espíritu con su carne, no es porque su Espíritu no esté siempre con ella, pues Jesucristo vino á nosotros *lleno de espíritu y de gracia*; sino que para recibir el Espíritu con que viene es necesario abrirle el nuestro por medio de una fe viva.

¹ Instit. lib. IV, c. 17, n. 33. — ² Joan. I, 11. — ³ Ibid. — ⁴ Ibid. vi, 64. — ⁵ Diluc. exp. Opusc. 839.

LVI.— *Expresion de Calvino, que los indignos no reciben, segun nosotros, mas que el cadáver de Jesucristo.*

No es, pues, un cuerpo sin alma, ó como se explica Calvino, un cadáver lo que segun nosotros reciben los indignos, cuando reciben la santa carne de Jesucristo sin que les aproveche, así como no es un cadáver y un cuerpo sin alma y sin espíritu el que les da Jesucristo, segun Calvino mismo ¹. Ya es una exageracion llamar cadáver á un cuerpo que se sabe que está animado: porque Jesucristo despues de resucitado no vuelve á morir; la vida está en él, y no solamente la vida que hace vivir al cuerpo, sino tambien la vida que hace vivir al alma. Por todas partes por donde viene Jesucristo viene con la gracia y la vida. Trae consigo y en sí toda su virtud respecto de la multitud que le comprime, pero *esta virtud no sale* sino en favor de la que le toca con la fe. Así, cuando Jesucristo se da á los indignos, viene á ellos con la misma virtud y el mismo espíritu que despliega sobre los fieles; pero este espíritu y esta virtud no obran sino en los que creen, y Calvino debe decir sobre todos estos puntos lo mismo que decimos nosotros, si quiere ser consiguiente.

LVII.— *Calvino debilita sus propias expresiones.*

Con todo, es cierto que no lo dice. La verdad es, que aunque dice que nosotros participamos de la propia sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, quiere que esta sustancia no se una con nosotros sino por la fe, y que en el fondo, á pesar de estas grandes palabras *propia sustancia*, no intenta reconocer en la Eucaristía mas que una presencia virtual.

Tambien es verdad que despues de haber dicho que nosotros participamos de la propia sustancia de Jesucristo, rehusa confesar que el Señor *esté real y consustancialmente presente* ², como si la participacion no fuese de la misma naturaleza que la presencia, y se pudiese recibir jamás la propia sustancia de una cosa, cuando esta no está presente sino virtualmente.

¹ Instit. IV, XX, VII, n. 33; Ep. ad Mart. Schal. p. 247. — ² II Def. Opusc. p. 773.

LVIII.— *Elude el milagro que confesaba en la Cena.*

Con el mismo artificio elude aquel gran milagro que él mismo se ve obligado á reconocer en la Eucaristía: secreto, dice, incomprendible, maravilla muy superior á los sentidos y á todo el discurso humano. ¿Y cuál es este secreto y esta maravilla? ¿Cree Calvino haberlo aclarado diciendo que «la razon nos enseña que el alma, que es inmortal y espiritual por su creacion, es vivificada por la carne de Jesucristo, el cual envia del cielo á la tierra una virtud tan poderosa?» Por esto es engañarnos á nosotros, y engañarse á sí mismo. La maravilla especial que los santos Padres y con ellos todos los Cristianos han creído siempre en la Eucaristía, no se refiere precisamente á la virtud que la Encarnacion da á la carne del Hijo de Dios. Esta maravilla consiste en el modo con que se verifican estas palabras, *Este es mi cuerpo*, cuando no aparece á nuestros ojos sino simple pan; y cómo un mismo cuerpo se da al mismo tiempo á tantas personas. Para explicar estas maravillas inexplicables nos han referido los Padres todas las demás maravillas del poder divino, ya el cambio del agua en vino, ya todas las demás transformaciones, y aun aquella gran mudanza por la cual no habiendo nada, hubo todas las cosas. Pero el milagro de Calvino no es de esta naturaleza, y ni aun es un milagro propio y peculiar del sacramento de la Eucaristía, ni una consecuencia de estas palabras, *Este es mi cuerpo*. Es un milagro que se verifica en la Eucaristía y fuera de la Eucaristía, y que, á decir verdad, no es mas que el fondo mismo del misterio de la Encarnacion.

LIX.— *Calvino conoce la insuficiencia de su doctrina en la explicacion del milagro de la Eucaristía.*

El mismo Calvino ha conocido que era necesario buscar otra maravilla en la Eucaristía, y la propone en varios lugares de sus escritos, y especialmente en el catecismo, donde dice ¹: «¿Cómo es que Jesucristo nos hace participantes de la propia sustancia de su cuerpo, siendo así que su cuerpo está en el cielo, y nosotros en la tierra?» Hé aquí el verdadero milagro de la Eucaristía. Y á esto ¿qué responde Calvino, y qué responden todos los Calvinistas? «Que la virtud inexplicable del Espíritu Santo junta sin dificultad

¹ Diluc. exp. Opusc. p. 483. — ² Dim. 53.

«tad las cosas que están separadas y distantes entre sí.» ¿Quiere Calvino hablar como católico, y decir que el Espíritu Santo puede hacer que esté presente en todas partes lo que quiere dar en sustancia? En este caso lo entendemos, y reconocemos el verdadero milagro de la Eucaristía. ¿Quiere decir, que cosas que están separadas, permaneciendo tan separadas como lo están el cielo y la tierra, no dejan de estar unidas sustancia á sustancia? Pues esto no es un milagro del Omnipotente; es un discurso quimérico y contradictorio, del cual nadie puede entender una palabra.

LX. — Los Calvinistas han conocido que se debe admitir un milagro en la Eucaristía, pero en realidad no lo admiten.

Bien que á decir verdad, ni Calvino ni los Calvinistas ven milagro alguno en la Eucaristía. La presencia por la fe, y la presencia virtual, no es un milagro: el sol tiene tanta virtud, y produce tan grandes efectos á una distancia tan grande. No hay, pues, milagro en la Eucaristía, si Jesucristo no está presente en ella sino por su virtud: por esta razón los suizos, gente de buena fe, y que se explica en términos sencillos; jamás han querido confesar ninguno. Calvino, mas penetrante en esto, conocia con todos los Padres y todos los fieles que habia en estas palabras, *Este es mi cuerpo*, una señal de omnipotencia tan viva como en estas otras, *Haya luz*¹. Para satisfacer á esta idea fue necesario que á lo menos sonase el nombre de milagro; pero en el fondo nadie estuvo jamás menos dispuesto que Calvino á creer un milagro en la Eucaristía: pues si no fuera así, ¿por qué nos habia de reconvenir continuamente porque trastornamos la naturaleza, asegurando que un cuerpo no puede estar al mismo tiempo en muchos lugares, ni dársenos todo entero bajo la forma de un poco de pan? ¿No son estos unos raciocinios tomados de la filosofía? Sin duda; y sin embargo Calvino, que los emplea continuamente, declara en muchos lugares «que no quiere valerse de razones naturales ni filosóficas, y que no se insiste en ellas²,» sino solamente en la Escritura. ¿Y por qué? Porque por un lado no puede desentenderse de ellas, ni elevarse demasiado sobre el entendimiento humano para despreciarlas, y por otro conoce muy bien que recibirlas en materia de religion, es destruir no solamente el misterio de la Eucaristía, sino absolutamente todos los misterios del Cristianismo.

¹ Gen. 1, 3. — ² Diluc. exp. Opusc. 838.

LXI. — Dificultades y contradicciones de Calvino en la defensa del sentido figurado.

El mismo tropiezo se presenta cuando se trata de explicar estas palabras, *Este es mi cuerpo*. Todos sus libros, todos sus sermones están llenos de interpretaciones figuradas, y de la figura metonimia, que pone el signo por la cosa. Á este modo de hablar llama él sacramental, y al cual quiere que los Apóstoles estuviesen ya del todo acostumbrados cuando Jesucristo celebró la Cena. La piedra era Cristo, el cordero es la Pascua, la circuncision es la alianza, y *Este es mi cuerpo*, son, segun él, modos de hablar semejantes unos á otros, y esto es lo que se lee en todas sus páginas.

Ahora, si está contento con eso nos lo va á decir el siguiente pasaje, tomado del libro intitulado *Clara explicacion*, de que ya hemos hecho mencion, y que se escribió contra Heshusio, ministro luterano. «Hé aquí, dice Calvino¹, cómo nos hace hablar este puerco: En esta frase, *Este es mi cuerpo*, hay una figura parecida á esta: *la circuncision es la alianza, la piedra era Cristo, el cordero es la Pascua*. El falsario se imaginaba que estaba conversando en la mesa, y entreteniéndolo á sus convidados. Jamás se hallarán en nuestros escritos semejantes vaciedades; sino que decimos sencillamente que cuando se trata de Sacramentos es necesario adoptar cierto modo particular de hablar, que se usa en la Escritura. Así, sin declararnos á favor de una figura, nos contentamos con decir lo que seria claro para todo el mundo, si estas bestias no lo oscureciesen todo, aun al sol mismo; á saber, que es necesario ver aquí la figura metonimia, en la cual se da al signo el nombre de la cosa.»

LXII. — Causa de su perplejidad.

Si Heshusio hubiera caído en semejante contradicción, no hubiera dejado Calvino de improperearle que estaba ebrio: pero Calvino era sóbrio, lo confieso, y no se confunde sino porque no acierta á explicar sus conceptos á su gusto. En este pasaje niega lo que dice en cada página: rehusa con desden la figura en la cual se ve precisado á volver á engolfarse en el mismo momento; en una palabra, no puede decir nada con seguridad; se avergüenza de su propia doctrina.

¹ Diluc. exp. Opusc. 861.

LXIII.— *Conoció mejor la dificultad que los otros Sacramentarios. Cómo procuró resolverla.*

Sin embargo, fuerza es confesar que era mas delicado que los demás Sacramentarios, y que además de que tenia mas talento, la disputa, que habia durado tanto tiempo, le habia dado el suficiente para meditar mejor esta materia. Porque no se adhiere tanto á las alegorías y á las parábolas, *Yo soy la puerta, yo soy la viña*, ni á otras expresiones de la misma clase ¹, tan claras y manifiestas que ni un niño podría engañarse acerca de su sentido. Y por otra parte, si con el pretexto de que Jesucristo se habia servido de parábolas y alegorías, se habia de entender todo en este sentido, bien conocia que esto era llenar todo el Evangelio de confusion.

Para obviar á este inconveniente, inventó esas locuciones que llama sacramentales, en que se toma el signo por la cosa significada ²; y admitiéndolas en la Eucaristía, que es sin disputa un sacramento, creyó hallar un medio seguro de establecer en él la figura, sin que se pudiese deducir de aquí la consecuencia de que lo mismo se podia hacer en otros casos.

LXIV.— *Ejemplos que tomaba de la Escritura. El de la circuncision, que concluye contra él en lugar de servirle.*

Tambien presentaba ejemplos de la Escritura mas propios que los que otros habian alegado. La principal dificultad estaba en encontrar un signo de institución, donde en la institucion misma se diese desde luego al signo el nombre de la cosa, sin preparar antes los ánimos, y en las mismas palabras con que se instituia el signo. Tratábase de saber si habia algun ejemplo de esta clase en la Escritura. Los Católicos decian que no, y Calvino creyó convencerlos con el texto del Génesis, en que Dios, hablando de la circuncision que instituia, la llamaba la alianza: *Tendréis mi alianza en vuestra carne* ³. Pero se engañaba visiblemente, porque Dios, antes de decir, *Mi alianza estará en vuestra carne*, habia empezado diciendo: *Aquí está la figura de la alianza* ⁴. De consiguiente, el signo habia sido instituido antes de darle el nombre de la cosa, y el entendimiento estaba preparado por medio de este exordio para la inteligencia de todo lo que se seguia despues: de donde se infiere que

¹ Admon. ult. ad Vestph. Opusc. p. 812. — ² II Def. Opusc. p. 781, etc., 812, 813, 818, etc. — ³ Genes. xvii, 13. — ⁴ Ibid. 11.

Nuestro Señor debia haber preparado el ánimo de los Apóstoles, para que tomasen el signo por la cosa, si hubiera querido darse sentido á las palabras, *Este es mi cuerpo, Esta es mi sangre*; mas como no lo hizo así, se debe creer que quiso dejar las palabras en su sentido óbvio y natural. El mismo Calvino lo conocia, porque diciéndonos que los Apóstoles debian de estar ya acostumbrados á estos modos sacramentales de hablar, confesaba que hubiera habido un grande inconveniente en emplear semejante modo de hablar, si los Apóstoles no hubieran estado acostumbrados á él. Y como se ve claramente que no podian estar acostumbrados á dar el nombre de la cosa á un signo de institucion, sin estar antes advertidos de ello, pues que no se halla ningun ejemplo de este uso, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento; se debe concluir contra Calvino, por los principios del mismo Calvino, que Jesucristo no debió hablar en este sentido, y que si hubiera hablado, no le hubieran entendido los Apóstoles.

LXV.— *Otro ejemplo que no viene al caso en la cuestión; que la Iglesia se llama tambien el cuerpo de Jesucristo.*

Tambien es verdad que aunque se apoya tanto en estos modos de hablar que llama él sacramentales, en que el signo se toma por la cosa, y que esta es la solucion que da á la dificultad, está tan poco satisfecho de ella, que dice en otros pasajes, que la prueba mas fuerte de su doctrina es que la Iglesia se llama el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo ¹. El colocar en esto la principal defensa de su doctrina es conocer bien la debilidad de su causa. ¿Es la Iglesia el signo del cuerpo de Nuestro Señor, como lo es el pan segun Calvino? De ninguna manera: la Iglesia es el cuerpo del Señor, así como el Señor es su cabeza, por el modo de hablar tan comun, segun el cual se consideran las sociedades y el príncipe que las gobierna, como una especie de cuerpo natural, que tiene su cabeza y sus miembros. ¿De dónde viene, pues, que despues de haberse fundado tanto en estos modos sacramentales de hablar, todavía da Calvino la ventaja á otro modo de hablar que es enteramente de otro género, sino de que para sostener la figura de que tiene necesidad para su intento, llama en su auxilio todos los modos figurados de hablar, de cualquiera naturaleza que sean, y por poca conexión que guarden entre sí?

¹ Instit. IV, 17.